

RAMÓN RAMOS
Tiempo y Sociedad
 (Madrid, CIS-Siglo XXI, 1992)

Tiempo y Sociedad, la afortunada compilación que el profesor Ramos nos ofrece, viene a sentar las bases de solución para un problema que varias generaciones de sociólogos se han planteado en numerosas ocasiones: ¿qué hacer con el tiempo?

Los sociólogos, como tantos otros profesionales de la creación de conceptos, inspiradores de formas operativas de ver el mundo, viven un tiempo social propio. Entreverado con el tiempo cotidiano del común de los mortales —tejido de la trama del cronómetro laboral y la urdimbre del flúir, al ritmo de las emociones y los estados de ánimo, de las obligaciones y compromisos de la vida cotidiana— los sociólogos viven el tiempo de la ciencia. (Los conceptos/hechos de las ciencias, también de la sociología, son como juegos de muñecas rusas: cuando se los examina en detalle se ve que son un sistema de otras unidades y éstas, a su vez... y Así también el tiempo.) En la academia, el tiempo es diverso; pero siempre lo marca el ritmo del diálogo entre el pensador/autor y sus interlocutores, fuentes o audiencias. Es un tiempo cronográfico, racional, sólo que relativo: a veces va más rápido y a veces más lento que el tiempo del reloj.

El sociólogo que se inclina por la sociología histórica ve desfilar ante sí, en diarios y crónicas, enormes períodos, generaciones enteras en el mismo lapso que puede emplear en ponerse al tanto del acaecer público cotidiano de un solo día (ayer) leyendo la pren-

sa. Sus análisis son extensivos y baratos en tiempo, pues cien años le caben en una ingeniosa conclusión de breves líneas. No tiene prisa, pues el futuro que le parece relevante tardará décadas en llegar. Al sociólogo empírico, en cambio, obsesionado con la actualidad y la inminencia, la escasez y carestía del tiempo le acongojan. El dato recogido hoy puede no ser válido cuando concluya el análisis estadístico, para no hablar de cuando se publique el trabajo. Al mirarse al espejo ve a Sísifo. Aquel otro por entero dedicado a la docencia vive un tiempo de ocio aristocrático donde las lecturas, las pláticas, las clases y las tutorías se suceden plácidamente en un orden siempre idéntico desde el que contempla con suficiencia al ratón burócrata agobiado por años de referencias atrasadas que aún no ha encontrado tiempo para introducir en sus discursos. Y luego está el tiempo de la fama, donde habitan los clásicos, el parnaso de los elegidos, el empíreo de los pensamientos que se transmiten desde hace un siglo, la eternidad presunta e inalcanzable, el tiempo de la ciencia por antonomasia, el único que se muestra a los legos para incitarles a la reverencia y la generosidad.

Cada sociólogo se ha sentido abismado y atrapado por cada uno de esos tiempos una y mil veces, y ha emigrado hacia otros tiempos en busca de acomodo, persiguiendo un tiempo acorde con el propio, con *su manera de hacer las cosas*. Pues no otra

cosa es el tiempo subjetivo: el orden y ritmo propio de la práctica individual; el tiempo social es la relación acordada entre los tiempos singulares. Los maravillosos ensayos de Mead, sobre la naturaleza (social) del tiempo pasado, y de Lefebvre y Régulier, sobre el origen corporal y ecológico del ritmo (o sea, social, porque nuestro cuerpo y nuestro entorno son actores sociales), constituyen destacadas muestras de cómo el tiempo que los seres humanos entienden «naturalmente» es el tiempo vivido socialmente, el tiempo como marco/condición formal de posibilidad del sentido de cuanto ocurre, en especial de la acción social.

¡Un momento! Al destacar y citar en primer lugar estos ensayos, respectivamente tercero y décimo en el orden del libro, altero el *tempo* que confirió su compilador. Pero ¿en qué consiste ese *tempo*? Solemos buscarlo en la secuencia cronológica de lectura que aconseja el índice, pero al constatar las fechas de los textos percibimos que no cantan la melodía del progreso científico: no son consecutivas.

Es cierto, la recopilación comienza con un texto de Hubert (1909) lleno de resabios durkheimianos y kantianos —versa sobre cómo las formas, presuntamente *a priori*, de la sensibilidad temporal nacen en los «primitivos» de su experiencia mágica y ritual—. Y continúa con un artículo de Halbwachs (en el cual sólo la sutileza retórica y la belleza literaria impide creer que fuera escrito ayer y no en 1939) sobre la constitución, vivencia y mantenimiento psicosocial de ese gran instrumento de presentación y ocultación del tiempo que es la

música. Luego, Mead (1929) cierra quizá la muestra de «tanteos primitivos».

El siguiente artículo lo firman Sorokin y Merton (1937). Este texto abre el camino para el estudio de «los tiempos sociales» —esto es, de la compleja arquitectura de los rasgos temporales de la acción social— y su historia social —de cómo las acciones sociales de los sujetos producen, como consecuencia no siempre buscada ni prevista, una cierta concepción social del tiempo que, creída luego objetiva, alienada, mide, ordena y constriñe las distintas manifestaciones de la vida social—. Sin embargo, a éste le sigue el de Lewis y Weigart (1981), que lamenta que el programa germinal propuesto en 1937 no haya brotado en un vigoroso estudio de la influencia recíproca del tiempo social— como marco de inteligibilidad de la estabilidad y el cambio sociales— y los sistemas sociales. Para paliar esa carencia propone un paradigma para el estudio del tiempo social: a partir del sesgo individual-afectivo en la percepción del tiempo elaboran una jerarquía de tiempos (individual, interactivo, institucional y cíclico) —cuyos recursos pueden tener duración astronómica diversa— para concluir con un caso ejemplar: cómo las carreras individuales utilizan y «fuerzan» esos patrones en el curso de generar nuevas «sincronías» entre tiempos individuales que sostengan una nueva estructura social. Por último, sugieren nuevas líneas de trabajo.

A continuación, y como para desmentir los llantos de soledad del artículo anterior, se presentan cuatro relevantes trabajos previos: el agudo

estudio de Nowotny sobre la atribución social de *status* a los tiempos (el prestigio del ocio frente a «estar muy ocupado», o el peso y relevancia de la orientación hacia el futuro del pasado en la acción de distintas culturas y clases sociales), escrito en 1975; el siguiente ensayo (Luhmann, 1976) muestra cómo el optimismo histórico de la modernidad ha expandido el pasado y estrechado el presente (como un instante en la historia del progreso), dejando al futuro vacío de sentido excepto como lugar donde se materializará la promesa de integración que el presente no tiene tiempo de lograr —el trofeo por el que luchan las utopías social y tecnológica (socialista y tecnocrática, y sus híbridos)—; Martins (1974) reflexiona *in extenso* sobre el papel del tiempo en la sociología, sus relaciones con la historia, las posibilidades de hacer Historia Social, Historia Sociológica o Sociología Histórica, y las secuelas del historicismo en las ciencias sociales. Quizá para desintoxicar de tanto humanismo, el artículo de Young y Ziman (1971) tiene corte fiscalista: ofrece modelos de organización de patrones temporales, posiblemente aplicables a la ordenación de fenómenos sociales.

Quizá la insatisfacción de Lewis y Weigart se refiera al grado de abstracción, al tono historicista o al estilo de «gran teoría» de las contribuciones de los años setenta. Para vindicar esa postura (y saltando sobre el artículo de Lefebvre y Régulier, cuya aproximación fenomenológica a los ciclos contrasta con la objetivista y casi cibernética de Young y Ziman) llegamos a los textos de Merton (1984)

sobre las duraciones esperadas socialmente y de Barry Schwartz (1978) sobre el fenómeno de las colas (cómo se organizan, cuánto duran) como mecanismos de orden social. El retorno al nivel microsociológico devuelve al análisis el punto medio entre la observación situada contextualmente y la teoría abstracta que dota de contenido empírico contrastable a la sociología y la distingue de una brillante filosofía social (rasgo que, por otra parte, no estaba ausente, si no era siempre dominante, en las aportaciones citadas en el párrafo anterior).

Por fin, los textos de Maltz (1968) y Zerubavel (1981) nos traen una vía de investigación paralela a la indagación sobre el tiempo: el estudio de la cronología y de sus tecnologías. Ambas tienen en común el análisis de los tiempos sociales, si bien ésta se centra en los procesos de producción, reproducción y articulación social de los cómputos de tiempo (en particular de los calendarios).

Así, respetando en lo posible el compás impuesto a los textos por el compilador, debería concluir la noticia y comentario de *Tiempo y Sociedad*, un libro que aporta enseñanzas inexcusables sobre la significación de las pautas temporales de la acción social a todos los niveles y en todas sus facetas; omnipresente como su objeto, el tiempo. Pero hay una pequeña traición oculta en el hecho mismo de intentar mantener el *tempo* del libro: éste es otro texto y tiene su propia cadencia. Cada cosa tiene su tiempo.

Hay autores —Sorokin y Merton, Lefebvre y Régulier— que citan su fascinación con la teoría de la relati-

dad y su refutación de un tiempo (literalmente) universal y representable mediante la recta real. Según esta teoría, el tiempo se expande cuando nos acercamos a la velocidad de la luz. Los fotones, entonces, son eternos y se sentirían (si sintieran) inmóviles en un universo vacío limitado a sí mismos; si fuera esféricos tendrían todos los atributos del Ser de Parménides, excepto uno: la inmortalidad. Se degradan al chocar con otros cuerpos. La velocidad de la luz es la nueva constante universal, pero nos es difícil entender la velocidad si no es en relación con nuestro tiempo cronométrico. Podemos decir que el tiempo de cada cosa es su «energía» en relación a la energía que significa viajar a la velocidad de la luz. Otra cosa es que podamos entenderlo, pues sólo comprendemos la energía cuando actúa, cuando es una fuerza, y estamos habituados a comprender la fuerza como aquello que realiza un «trabajo» en el tiempo —como operacionalizaron esa noción los ingenieros newtonianos justo antes de la revolución industrial.

Lejos queda la experiencia pre-matemática del tiempo, con sus dos intuiciones básicas, tan flexibles, de *momento* (hacer eso no me cuesta un credo; voy en lo que me lleve leer esta reseña) y de «el tiempo» (el ámbito vital que uno tiene antes de convertirse en un recuerdo, una sombra, un antepasado; y quizá fue el ansia por saber cuánto más le quedaba a uno por vivir, medido primero en unidades de las cosas que quería hacer y luego en soles, sábados, idus, calendas, lunas, estaciones, primaveras... lo que incentivó la observación

de los ciclos naturales y la celebración de recursos como señal de la concesión de una prórroga y la construcción de calendarios para regularlas). Hoy que la sociología, por mor de la mundialización, está dejando de ser eurocéntrica, quizá deberíamos prestar más atención a esos tiempos; aunque la mundialización es eurocéntrica y cabalga sobre un patrón *émic* que es el del tiempo lineal, como ocurre en este mismo texto.

En el tiempo vivido por la escritura [yo] y la lectura [usted y yo] de este texto hemos discurrido [ambos] por un universo lineal (línea tras línea); pero el tiempo vivido es una cinta Moebius en la que el pasado/recuerdo regresa al presente para darle sentido (dirección, orientación, tal vez el sueño de un destino), como debe ser. Todo tiene su tiempo y sazón, todas las tareas bajo el sol, dice Qohelet. Y ahora es el tiempo de curvar el tiempo y volver a la pregunta que abrirá esta reseña: ¿qué hacer con el tiempo? Una cosa se me ocurre: para empezar, leer *Tiempo y Sociedad*.

Una compilación no da mucha reputación en el mundo académico (las reseñas tampoco, dicho sea de paso). «Fulano ha reunido unos textos, les ha añadido un prólogo y los ha publicado. ¡Qué fácil es hacer así un libro!», suele decirse. No afronta la minusvaloración del esfuerzo —cada uno sabe lo que le cuesta hacer las cosas—, sino la falta de reconocimiento personal. Sí que en ocasiones, contadas, un oportunista agrupa apresuradamente varios escritos emparentados y hace un libro de lecturas para satisfacer un fin pragmático inmediato o una moda fugaz. Ni

siquiera debería mencionarlo, tan distante es el caso. *Tiempo y Sociedad*, en cambio, pertenece a un género que podríamos llamar «memorias colectivas de una aventura contadas por alguien que la vivió». El profesor Ramos lleva largos años investigando la imbricación del tiempo y la sociedad; su libro es la pudorosa crónica de sus más felices encuentros con quienes le ayudaron a concebir y madurar su propia obra y pensamiento. ¿Y qué? ¿Qué es un solo testigo? Lo que cuenta es la aventura misma. Pero alguien debe contarla, una ocasión que sigue ahí para ser vivida íntegramente o transitada como punto de paso, debido y obligado, en busca de otros tesoros del conocimiento.

Tiempo y Sociedad ofrece al practicante de la sociología histórica perspectiva para situar sociotemporalmente las razones, motivos y causas de sus actores y relativizar sus crono-

gramas; al sociólogo empírico, la ocasión de situar sus datos y resultados, paciencia para sufrir su obsolescencia y duración para reanimarlos cuando lo precise; al profesoral le ofrece una lectura fascinante, un tema intenso y refrescante; al ratón de biblioteca, muchas referencias insoslayables. Por fin, al curioso pertinente le dará un paisaje para situar sus inquietudes, un escenario para sus respuestas, la compañía de pensadores agudos y ciertos, y un tema de conversación para anonadar a sus amistades.

Le aseguro al lector que acuda a *Tiempo y Sociedad*, que no perderá el tiempo con su lectura. Claro que —puede pensar— un libro sobre el tiempo no puede sino ser un logro intemporal y, por tanto, no hay prisa en leerlo. Craso error. Hay que recordar el viejo y sabio refrán: no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. *Vita brevis.*

Juan Manuel IRANZO

AA.VV.

Sociología del riesgo

(*Revista de Occidente*, noviembre 1993)

El riesgo ha sido un elemento condicionante de la vida humana desde los orígenes mismos de la existencia. Amenazas naturales, enfermedades, catástrofes, circunstancias imprevistas que han sometido cíclicamente a los habitantes del planeta a penalidades insalvables han acompañado desde siempre el incierto tránsito de la vida.

Mas, como explica Ulrich Beck, los

riesgos del pasado se diferencian notablemente del peligro que se cierne sobre el hombre de la sociedad industrial, pues éste ya no es una consecuencia, como en el pasado, de la fatalidad, de un azar de la naturaleza, sino el resultado de una nueva forma de vida ligada a la expansión del capitalismo y, por tanto, dependiente de decisiones, en cierto modo, predeci-